

**CARLOS
ROCA**

EL IMPERIO ZULÚ

**El sangriento final
de una nación de guerreros**



PENÍNSULA **HUELLAS**

© Juan Carlos Roca González, 2020

Queda rigurosamente prohibida sin autorización por escrito del editor cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, que será sometida a las sanciones establecidas por la ley. Pueden dirigirse a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesitan fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).
Todos los derechos reservados.

Primera edición: marzo de 2020

© de esta edición: Edicions 62, S.A., 2020
Edicions Península,
Diagonal 662-664
08034 Barcelona
edicionespeninsula@planeta.es
www.edicionespeninsula.com

PAPYRO - fotocomposición
DEPÓSITO LEGAL: B. 2.044-2020
ISBN: 978-84-9942-897-0

El imperio zulú

Carlos Roca

El sangriento final de una nación de guerreros

ediciones península

ÍNDICE

Prólogo, por Jorge Salvador	11
Introducción	15

PRIMERA PARTE EL DESAFÍO AL IMPERIO ZULÚ

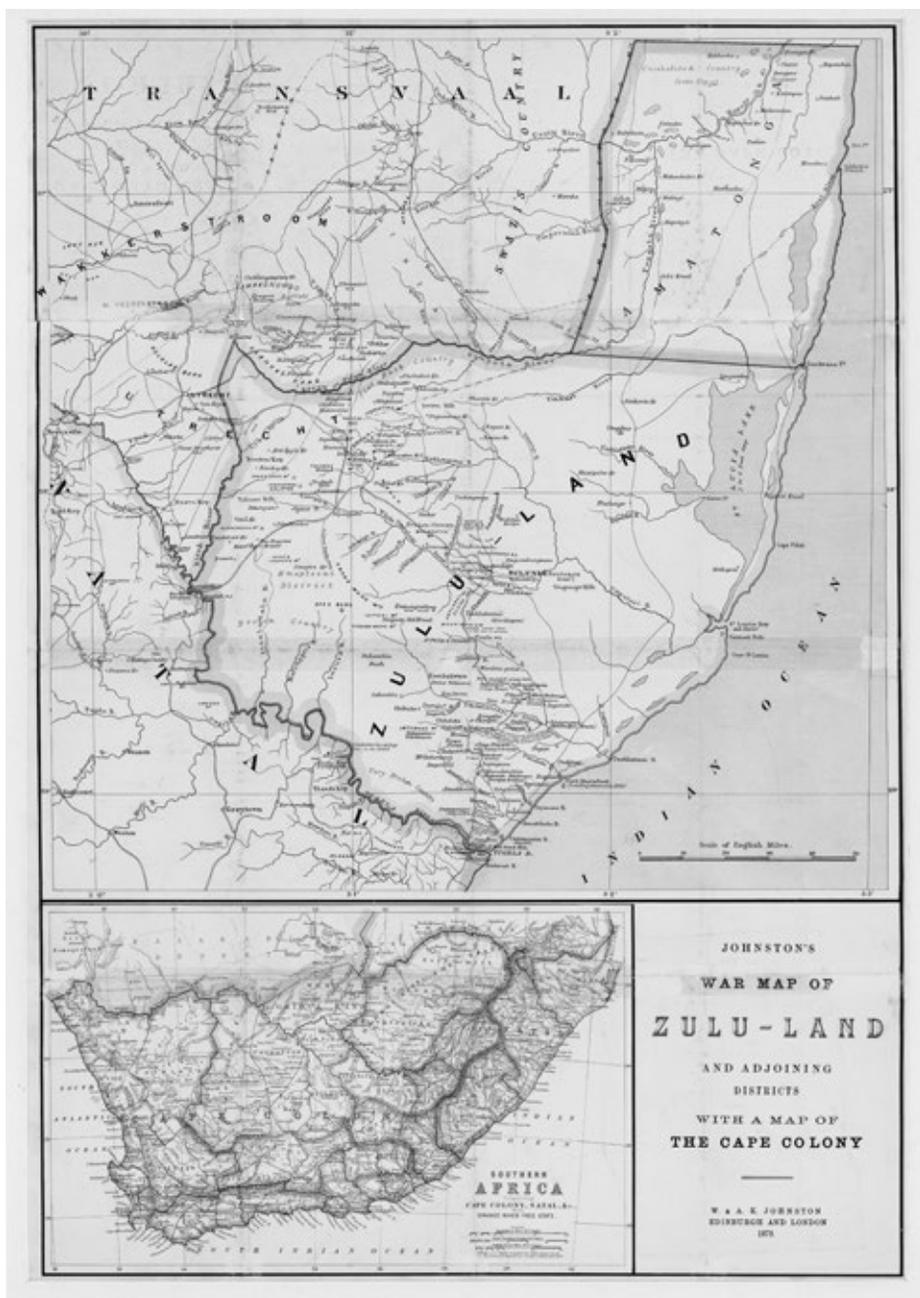
La traición de los ingleses	48
La incursión zulú del verano de 1878	64
Planes para la invasión	74
Ataque al poblado de Sihayo	107
Movilización del ejército zulú	115
El día antes de la luna muerta	135
El ataque zulú se frena momentáneamente	161
Combates cuerpo a cuerpo	170
Muertes anónimas	195
¡Salven la bandera!	204
Se confirma la tragedia	215

SEGUNDA PARTE
UKUDUMU KWEZULU ISANDLWANA
(El estruendo del trueno de Isandlwana)

Rorke's Drift	238
Comienza la batalla	252
Lucha claustrofóbica	263
Terror en la colonia	280
El ejército zulú lame sus heridas	284
Los días posteriores	304
<i>Shock</i> en Londres	331

TERCERA PARTE
EL CAMINO HACIA EL OCASO DEL IMPERIO ZULÚ

La batalla de Nyezane	341
Sitiados	349
Las batallas de Ntombi y Hlobane	363
Khambula	388
La batalla de Gingindlovu y la liberación de Eshowe	407
El drama de la muerte de Napoleón Eugenio Luis Bonaparte	423
Los británicos recuperan el cadáver	438
Una española en la tierra de los zulúes	451
Ulundi, el último gesto del ejército zulú	458
Bibliografía	509
Agradecimientos	515



Mapa del servicio cartográfico del ejército británico usado por las tropas que invadieron el país zulú durante la desastrosa confrontación militar de 1879.

PRIMERA PARTE

EL DESAFÍO AL IMPERIO ZULÚ

*Hamba uyityele inkhosi ukuba
impi yenakele iSandlwana.*

(El ejército enemigo del hombre blanco ha sido derrotado en Isandlwana.)

NTINGSHWAYO KAMAHOLE
dando un mensaje para el rey

El 10 de junio de 1906, un jefe tribal de poca importancia llamado Bambatha, perteneciente a uno de los clanes más pequeños que en su momento formaron parte del todopoderoso Imperio zulú, se convirtió en el motor de una rebelión que mantuvo en jaque durante varios meses a las fuerzas coloniales sudafricanas de Natal y el Transvaal. Finalmente, murió junto con unos quinientos de sus guerreros en lo profundo de un valle llamado Mome Gorge, tras ser la mayoría de ellos acribillados a balazos por el fuego inmisericorde de las modernas ametralladoras Maxim. Después de dos nuevos y decisivos encuentros e innumerables escaramuzas, los zulúes fueron derrotados de manera estrepitosa: hubo más de tres mil muertos, y el doble de esta cifra fueron hechos prisioneros y, en muchos casos, condenados a más de siete años de trabajos forzados y crueles azotes. Fue, sin duda, el último gesto militar de la tribu más orgullosa de la actual República de Sudáfrica, cuyos hechos históricos les otorga el honor de ser el pueblo de guerreros más conocido de todo el continente.

La palabra *zulú* significa «cielo» y proviene del nombre dado a uno de los hijos de Malandela, un jefe africano del siglo XVI, y su esposa, Nozinja. Alrededor de 1670, los descendientes de Zulu KaMalandela comenzaron a autodenominarse los *amaZulu*, «la gente-pueblo del cielo». Se piensa que la lengua bantú que estos hablan, la cual viene de la unión del prefijo *ba* (nosotros) y de la palabra *ntu* (los seres humanos), es una de las más antiguas de la humanidad, siendo además una de las más extendidas por el África negra central y del sur, con casi cuatrocientas variantes

estrechamente emparentadas, según las regiones. En el caso de los zulúes, con alrededor de diecinueve mil palabras de uso frecuente, procede de la lengua bantú que se había separado de las lenguas sudanesas y que era la más frecuente en los territorios del antiguo Congo, este de Nigeria y los montes de Camerún desde el año 3000 a. C., y al este del río Tana, manteniendo el característico clic al hablar. Este es un fonema que se produce como consecuencia del chasquido de la lengua al empujar el aire contra el paladar cuando se pronuncian las letras c, e, o, q y x, mientras se presiona adicionalmente contra la parte interna de los dientes superiores. Estos clics son de una complejidad extrema para el que no está nada familiarizado con ellos, ya que los hay de tres clases: palatal (arrastrando y doblando la lengua desde la parte de más atrás del paladar), dental (poniendo la lengua detrás de los dientes delanteros y retirándola rápidamente), cuyo sonido es parecido al de un beso, y lateral (con la lengua en la mejilla). No existe unanimidad entre los lingüistas sobre el sentido y origen de estos chasquidos, pero mayoritariamente se piensa que su origen estaba en enfatizar algo importante. Pero no hay duda de que el conjunto de la población africana de origen bantú comparte un mismo origen lingüístico y una misma base genética.

Los primeros blancos en ver la costa de la actual KwaZulu-Natal fueron los tripulantes de una nao portuguesa capitaneada por el explorador Vasco de Gama el día de Navidad de 1497, pero probablemente el primer contacto que hubo entre los blancos y los zulúes se produjo en el año 1721, cuando los holandeses arribaron a la costa de Natal —nombre dado por Vasco de Gama— para intentar poner en marcha un punto de abastecimiento marítimo. Sin embargo, por alguna razón todavía no aclarada, la iniciativa fue descartada poco tiempo después y el lugar, abandonado. Tuvieron que pasar otros cien años para que el hombre blanco y los zulúes volvieran a verse las caras, si bien en esta ocasión sería con el mítico rey Shaka, el hombre que, en torno a su liderazgo y capacidad

militar, había aglutinado a decenas y decenas de clanes ngunis bajo uno solo hasta formar un gran imperio africano, el zulú. El primer contacto con los zulúes no pudo resultar más provechoso para los blancos, los cuales recibieron ganado y el permiso para instalarse en la costa y levantar la actual ciudad de Durban. Más tarde, y aunque todavía sujeto a contradicciones, se quedarían con la antigua provincia de Natal, aparentemente cedida por otro rey zulú. El 27 de agosto de 1824 se establecieron en Natal los primeros colonos de origen británico, los cuales no solo tendrían que vigilar a los belicosos zulúes del norte, sino también a los bóers que, llegados desde la provincia del Cabo, quisieron instalarse en aquellas tierras a partir de 1837, lo que dio lugar a un conflicto bélico entre ambas culturas y sociedades que abarcaría hasta el año 1902.

Con el asesinato del rey Shaka —sin ningún género de dudas, no solo un genio militar sino un político y estadista de primer nivel—, los zulúes comenzarían una pavorosa guerra civil que terminaría poniendo primero en el trono a su asesino y hermanastro Dingane. Años después, y con la ayuda de los siempre conflictivos bóers, este sería sustituido por el también hermanastro Mpande. Comenzaría entonces una relativa tranquilidad entre zulúes y blancos, pero lo que daría definitivamente fama mundial a los zulúes sería la guerra que estos mantuvieron contra los soldados del Imperio británico, y muy especialmente el desastre de la batalla de Isandlwana. Esta ha pasado a la historia como la más severa derrota provocada por un ejército nativo a uno moderno durante el siglo XIX, y tuvo enormes repercusiones en la Inglaterra victoriana, ya que mostró a los bóers —los por aquel entonces eternos enemigos sudafricanos de los británicos— que los casacas rojas no eran invencibles. La posterior muerte del exiliado príncipe imperial de Francia, Napoleón Eugenio Luis Bonaparte, fue la causa directa de la caída del todopoderoso Gobierno de Benjamin Disraeli. El primer ministro quedó en un profundo estado de conmoción cuando fue informado del desastre de la

guerra contra los zulúes, y tuvo que comunicar a la reina Victoria que esta derrota exponía a los ojos de los enemigos del imperio su vulnerabilidad. El propio Disraeli escribió: «Estoy profundamente desolado por la noticia que me ha llegado desde África del Sur sobre esta terrible catástrofe».

La sociedad británica iba a resultar impresionada por el suceso, y a Disraeli se le sumaron los problemas cuando el periódico liberal *Daily News* (fundado en 1846) utilizó toda su potencia editorial para desgastarle. También su más feroz adversario, el liberal Glasgow, el 5 de diciembre de 1879 criticó al Gobierno diciendo que su pestilente política, definida como «conservadora» por todo el imperio, era una simple burla carente de toda moral, sobre todo cuando diez mil zulúes habían sido asesinados por el único delito de defender sus hogares, familias y forma de vida.

Para ser justos, y visto desde luego desde la perspectiva del moderno mundo occidental, el reino zulú era un anacronismo casi a finales del siglo XIX al chocar frontalmente su modo de vida con las colonias vecinas dominadas por los hombres blancos: bóers y británicos. Desde Natal y el Transvaal se pensaba que el propio sistema en el que se sustentaba el reino zulú, donde existía un gran contingente armado en el que la guerra significaba cambiar, entre otras cosas, el estado marital de un guerrero pudiendo con ello formar una familia, era una singularidad demasiado poderosa que ni siquiera el mismo rey y su consejo de grandes jefes de la nación podían aguantar mucho tiempo sin que se produjera un gran enfrentamiento armado.

Más allá de las tribus negras que durante más de cincuenta años habían soportado el ataque implacable de los zulúes —los cuales no hacían prisioneros en sus campañas guerreras—, los colonos, sobre todo la comunidad mayoritariamente de origen británico y de religión protestante asentada en Natal, vivían angustiados de forma permanente ante la posibilidad de sufrir en cualquier momento un repentino y sanguinario ataque zulú. Con el problema

de fondo de la frontera del oeste, en disputa con el Transvaal, y circunstancias menores que fueron convenientemente manipuladas para, por un lado, contentar a los colonos y, por otro, mostrar qué les podía ocurrir a bóers y a otras tribus africanas que osaran resistirse a la expansión de la civilización, o, más contundentemente al dominio del Imperio británico, se declaró a los zulúes una guerra preventiva que trajo grandes consecuencias para el reino africano, así como para sus invasores.

El hombre blanco, bajo su visión de preeminencia racial, creía que las tradiciones zulúes tenían que ser tratadas bajo principios europeos. Interferir en la cultura africana era el equivalente a la aplicación de las leyes del mundo del hombre blanco. El choque inevitablemente tenía que ser violento. Lo sensato e inteligente habría sido dejar a los nativos viviendo con su propio estilo de vida pero, como ocurrió en África —y, en realidad, en todo lugar donde el hombre blanco europeo llegó, fuera África, América del Norte o del Sur—, tarde o temprano e irrevocablemente, la militarizada sociedad zulú del siglo XIX estaba condenada a desaparecer. Solamente los matabele y su rey, Lobengula, aguantaron unos años más, pero su final también estaba escrito bajo la presión y las nuevas y todavía más letales armas automáticas que terminaron arrebatando la vida a miles de ellos.

Enseñados en la más fiel obediencia al rey y a sus generales desde la niñez, endurecidos con años de entrenamiento militar, el más alto honor que un hombre zulú podía alcanzar era morir sin miedo por su nación, su cultura, sus familias y, desde luego, por el rey —una figura casi sacrosanta—. Todo ello convirtió a los guerreros zulúes en un enemigo formidable, solo comparable al que Estados Unidos se encontró luchando contra Japón durante la segunda guerra mundial. Al igual que para los soldados del Imperio del Sol Naciente, para un zulú una muerte sin gloria era un fracaso, pero fallecer defendiendo todo aquello para lo que un varón había sido concienzudamente preparado desde los sie-

te años de edad no era ni más ni menos que el destino natural de un guerrero valiente. Matar o morir. No había otra opción. Los británicos sabían que si querían imponer su dominio total y completo en África del Sur había que eliminar el formidable obstáculo que suponían zulúes y bóers. A estos últimos les llegaría su momento, pero primero había que llevar la guerra al propio país de los guerreros africanos con una movilización militar presentada como preventiva ante la opinión pública, pero que en el fondo estaba calculada para subyugarlos. El problema es que nadie imaginó que el resultado de la misma fuera tan dramático. Isandlwana fue el primer aviso de que el sur de África no se parecía en nada a otros confines del Imperio británico, donde la confederación había sido todo un éxito, y, en muchos aspectos, marcó el punto de inflexión para el fin del imperialismo victoriano. Lo más sorprendente de todo esto es que el principio de la decadencia del Imperio británico, el más grande que jamás haya existido en el planeta, fuera producido por otro imperio, esta vez formado por una nación de guerreros africanos: los zulúes.

El primer objetivo de Cetshwayo, heredero del trono y del Imperio zulú tras una sangrienta guerra civil por la sucesión, fue recuperar mucha de la gloria que el ejército zulú había tenido en los tiempos de Shaka. Así, lo revitalizó haciendo que regimientos más pequeños se incorporaran a otros y creando dos nuevos regimientos más: el *uVe* (Fuerza) y el *iNgobamakhosi* (Seguidores del Rey), que fueron aglutinados en un mismo cuerpo. El tamaño de los dos juntos, como cuerpo militar, era de unos seis mil guerreros, el más grande que hasta la fecha se había reclutado en el país, y que da una idea de cómo se estaban potenciando las viejas tradiciones. Por otra parte, se envió un mensaje a todos los jefes de clanes, especialmente a aquellos que por su apoyo a Mpande —su padre— habían disfrutado de una cierta autonomía administrativa. En él se les especificaba que toda la autoridad estaba ahora una vez más en manos del rey, y que cualquier botín de guerra, sobre todo ganado,

sería propiedad de la Corona, reservándose el soberano el derecho de distribución, según su criterio, como en los tiempos de Shaka. No obstante, Cetshwayo pronto comprobó que las decisiones de ámbito nacional debían ser consensuadas con los hombres más importantes de la nación, ya que algunos jefes querían limitar su autoridad, por lo que en un golpe político de gran audacia sustituyó a muchos de los antiguos consejeros de Mpande y nombró como *indunankulu* (primer ministro) al jefe del clan zulú más importante del país, que antes había sido su *induna* (comandante) en el *ibutho* (regimiento) *uThukwana*, Mnyamana KaNqengelele, de los Buthelezi. Cetshwayo estimaba a este hombre de manera muy especial. No solo le tenía un enorme respeto y escuchaba sus sabios consejos, igualmente en muchos aspectos era como un padre adoptivo para él; de hecho, en ocasiones, se dirigía a él de esa manera. El jefe de los Buthelezi tuvo a lo largo de su vida tal dedicación y lealtad por la casa real zulú que terminó pagando un alto precio.

Mnyamana era imponente. Todos los testimonios de la época hablan de un hombre a punto de entrar en los setenta años, pero con un físico y un vigor poco corrientes. Hijo de uno de los grandes generales, durante la formación del imperio, heredó igualmente las cualidades de liderazgo de su padre, Nqengelele. Su nombramiento como comandante en jefe del *uThukwana*, por parte de Mpande, se debió sobre todo a la necesidad de imponer orden dentro del mismo. Su madre, Phagela, pertenecía a otro de los grandes clanes de la nación, los Sibila. Desde 1840 estaba al frente de los Buthelezi. Era alto, muy delgado, y la autoridad manaba de cada uno de sus gestos que, junto con una voz muy timbrada y grave, infundían un grandísimo respeto.

Ntnsgiswayo KaMahole, del clan Khoza, que con dieciocho años había combatido en las batallas de Río Sangre e Italeni contra los bóers, y que además era un conocido *izibongi* (orador), fue designado el tercer hombre más importante del país, tras su nombramiento como comandante en jefe de todo el ejército zulú.

Físicamente era la antítesis de Mnyamana: bajo, con barriga pronunciada, de grandes muslos, pero con mirada fría y una mente calculadora. Su principal poblado se hallaba en el noroeste del país y, a pesar de que casi era otro septuagenario, aceptó con agrado su nueva responsabilidad al frente de la gran milicia armada zulú.

Ambos hombres eran amigos íntimos y, aunque tenían sus propios *kraals* (poblados civiles), estaban cada uno al mando de una parte del gran poblado real, donde vivía el regimiento *uThukwana*, ocupándose Ntnsgiswayo del lado derecho y Mnyamana del izquierdo; los hijos mayores de cada uno de ellos vivían en las primeras chozas, que estaban a cada lado de la entrada principal. Ulundi, capital del reino zulú, también tenía la peculiaridad de contar con una casa construida al estilo europeo, de unos veinte metros cuadrados, no muy lejos de la choza del Concilio de Igualdad Racial, donde se reunían los grandes jefes del reino, y que Cets-hwayo, por sugerencia del célebre jefe blanco zulú John Dunn, había hecho construir para sus ocasionales invitados blancos.

Un cazador llamado Piet Hog, que estaba en la capital zulú, le contó a quien entonces no era más que un funcionario de Natal y que pocos años después se convertiría en un gran escritor, Rider Haggard, la curiosa historia del hombre que construyó la casa europea de Ulundi. Se trataba de un nativo basuto contratado por Cets-hwayo que, al finalizar su trabajo, reclamó al rey las treinta cabezas de ganado que se le habían prometido por sus servicios, pero para su estupor se encontró con algunos problemas. Tras ver el resultado, el rey zulú, que tenía notoria fama de tacaño, consideró que era una suma excesiva, por lo que le propuso pagarle con una mujer zulú. El basuto protestó, sobre todo después de ver a la candidata, ya que no era muy agraciada físicamente. Poco después, con mejor criterio para no ofender al rey y teniendo muy presente el lugar donde estaba y con quien, pidió que le dejara pensar su respuesta hasta la mañana siguiente. No hubo un nuevo amanecer para el desdichado, ya que sospechosamente apareció muerto. Ante

la posibilidad de que Piet Hog contara que había sido el propio rey quien había dado tal orden, se ordenó que la mujer que le iban a entregar fuera ejecutada acusada de asesinato del basuto, lo cual se hizo en medio del poblado. Es difícil saber qué ocurrió realmente, pero esa misma tarde Piet Hog abandonó al galope Ulundi por miedo a convertirse en el próximo protagonista de aquella historia.¹

Los que conocieron la casa contaron que era rectangular, con techo de paja, paredes lacadas, dos ventanas y una puerta de madera, además de una cama alta en su interior, y que estaba decorada con escudos y lanzas zulúes colgadas de las paredes, junto a una estufa americana de fundición. Más tarde, el propio Cetshwayo ordenó que le llevaran la estufa hasta su choza, donde fue encontrada después de la batalla de Ulundi. Todavía hoy nadie sabe cómo y dónde la consiguió, pero se especula con que fuera el pago por algún favor recibido por parte de un misionero.

Los trabajos arqueológicos realizados por la Universidad de Natal, entre los años 1970 y 1976, para la reconstrucción del poblado real sobre los restos de Ulundi demostraron que este llegó a tener casi dos mil chozas, el poblado nativo más grande de toda la historia de Sudáfrica. En la excavación también se descubrió el emplazamiento original de la casa europea y de la choza de Cetshwayo, la cual tenía casi nueve metros de diámetro. Hoy una parte del esplendor del poblado de Ulundi ha sido recuperado, y la choza de Cetshwayo, donde decidieron luchar para mantener su modo de vida, también ha sido restaurada, incluyendo el suelo original de arcilla que pisó el gran consejo del reino.

Pero no todo eran parabienes en los primeros tiempos del nuevo reinado. Dos años después de haber alcanzado la ansiada corona, la presencia de nuevos colonos en la zona más septentrional del Transvaal, que Cetshwayo no acordó en su día, había aumen-

1. Todo este suceso lo usó y contó después novelescamente Rider Haggard, aunque algunos opinan que su narración se alejaba algo de la realidad.

tado en varios miles, por lo que este pidió una reunión urgente con Theophilus Shepstone, el máximo responsable colonial para asuntos nativos de Natal. El británico veía con tanta preocupación como el propio zulú el crecimiento de los bóers en la zona, puesto que, de seguir así, estos podrían llegar hasta el océano Índico, lo que pondría en peligro la hegemonía marítima de Gran Bretaña. Pero en ese momento, la influencia de Shepstone en el Transvaal era realmente muy poca y lo único que podía hacer era intentar serenar a Cetshwayo para que no movilizara a su ejército, conteniéndolo con palabras. Muy pocos meses después, Shepstone cambió drásticamente de opinión y se posicionó en contra de los zulúes. Desde luego no era el único. Hans Schreuder, el obispo de origen noruego al frente de las estaciones misioneras asentadas en Zululandia, de la Iglesia luterana, afirmaba que Cetshwayo era sin duda: «Un hombre capaz, pero para el orgullo, la fría crueldad, egoísta y sanguinario, mucho peor que cualquiera de sus antecesores». Schreuder había llegado al país zulú como misionero en 1844, pero desalentado por la falta de conversiones terminó por marcharse. Regresó tres años más tarde y consiguió tener cierta confianza con Mpande —después de atenderle durante una enfermedad—, quien le permitió vivir dos años en su propio poblado; pero nunca simpatizó con Cetshwayo, como así lo demuestran sus declaraciones claramente condicionadas por su aversión. En realidad fue uno de los grandes instigadores del desastre de 1879, aunque por otra parte al final también intentó parar la guerra, probablemente por algún sentimiento de culpabilidad. Murió en 1882.

Tras su intervención en la farsa de la coronación y reconocimiento que realizó para Cetshwayo, por petición expresa de este último y con la oposición de grandes jefes del reino que no lo veían necesario ni conveniente, Shepstone se otorgó durante la misma la autoridad de decirle al nuevo rey que los juicios arbitrarios habían acabado desde ese momento: ahora se tendría que enfrentar al serio problema que suponía para la colonia que el jefe independiente

Langalibalele —apodado Barriga Prominente—, del clan de los amaHlubi, estuviera acumulando gran cantidad de armas. El jefe fue invitado a varias reuniones en Pietermaritzburgo para tratar el asunto, pero él las rehusó creyendo que solo eran una trampa para apresarle y huyó hacia el norte del Transvaal, junto a diez mil de los suyos. Una fuerza mixta, compuesta de tropas coloniales y nativos amistosos, partió en su búsqueda. La expedición resultó un desastre y varios soldados de la caballería colonial murieron junto con varios nativos, por lo que se desató un odio visceral hacia todos los amaHlubi que aún vivían en la colonia: centenares de ellos, sobre todo mujeres y niños, fueron asesinados impunemente como represalia por su derrota. Al final, la intervención del obispo anglicano Colenso, un hombre bastante respetado por todos los africanos —lo llamaban *Usubantu*, «padre de mucha gente»—, pudo detener la matanza.

John William Colenso había nacido en 1814 en Inglaterra. Con solo veintidós años salió de Cambridge² como licenciado en Matemáticas, con las calificaciones más altas que se habían concedido hasta la fecha, y después escribiría varios volúmenes sobre aritmética y álgebra. Entre los años 1841 y 1846, su vida dio un cambio radical: se preparó para el sacerdocio dentro de la Iglesia anglicana y se casó poco después de ser nombrado vicario de Norfolk. Sorprendentemente, en 1853 fue nombrado obispo de Natal, tierra a la que había llegado el 23 de enero del mismo año. En 1856 estableció su primera misión, respetando las culturas nativas, a la que llamó Ekukhanyeni (el lugar de la luz). Este era mucho más que un proyecto de evangelización, ya que también fue la primera escuela para nativos y centro de oficios. Desde el momento de su llegada a tierras africanas simpatizó profundamente con los nativos, de los que llegó a decir:

2. Su familia, que era de clase social baja, había empeñado todo lo que tenía para que él fuera a esta prestigiosa universidad.

Nuestra civilización se presenta siempre como el paradigma de la cultura y se cree en el derecho de imponer sus formas y costumbres a unos pueblos que, en muchos aspectos, deberían ser ellos los que nos tendrían que enseñar a nosotros.

Palabras como las anteriores, y la defensa en no pocas ocasiones de los zulúes, con los que a diferencia de otros «siervos» de Dios había hecho una gran amistad llegando a conocer su lengua y escribir la primera gramática que se tiene de ella, le llevaron a continuos enfrentamientos con la colonia, especialmente con los bóers, a los que acusaba de ser los culpables de muchas de las penurias de los nativos. La Administración de Natal tenía frecuentes encontronazos con él, y se opinaba, en palabras de Haggard, que «Colenso es una persona que siempre está desesperadamente en desacuerdo con todo».

Pero sus verdaderos problemas comenzaron cuando publicó varias obras en las que cuestionaba la autoridad de Moisés sobre el Pentateuco, el castigo eterno de la Epístola del apóstol san Pablo a los romanos y la literalidad de la palabra de Dios, como inspirada en cada letra. Finalmente, sus enemigos consiguieron que su superior en Ciudad del Cabo le suspendiera temporalmente del cargo de obispo, tras lo que se vio obligado a dejar Pietermaritzburgo para ir hasta Londres. Colenso pasó los siguientes tres años en el corazón del Imperio británico, defendiendo su causa tras ser acusado de herejía, y su juicio eclesial alcanzó a toda la sociedad a través de la prensa, que seguía el asunto con enorme interés. Tras ser declarado inocente, volvió a Natal, para comprobar que tanto el número de sus amigos como de sus detractores había aumentado en su ausencia. Como hombre liberal y comprometido apoyó siempre a los zulúes, a los que consideraba «una raza de hombres valientes a los que no han dejado más salida que la guerra como fruto de nuestra codicia». Hasta el día de su muerte, acontecida el 20 de junio de 1883, mantuvo firmemente estas palabras.

Aunque Colenso consiguió detener las matanzas indiscriminadas de inocentes, Langalibalele fue finalmente apresado y en un juicio —que era otra parodia— sin ninguna garantía jurídica fue declarado culpable de traición y rebelión.³ Pero lo más destacado fue que, para muchos, los zulúes eran los verdaderos culpables de todo porque, según ellos, el propio Cetshwayo había impulsado las acciones de rebelión, aunque desde luego era poco probable que él hubiera tenido algo que ver en el asunto.⁴

Mientras tanto, la pequeña pero conflictiva República Sudafricana del Transvaal se había lanzado a una campaña militar contra la tribu pedi y la estaba perdiendo. Desde Ciudad del Cabo se veía el asunto con gran preocupación porque, si finalmente los pedi resultaban vencedores, toda la zona se vería convulsionaba y podrían producirse más rebeliones de otras tribus que desestabilizarían el área.

El primer paso de los británicos tenía que ser anexionarse el Transvaal para evitar con ello que cayera en la órbita de influencia alemana, y después unir a todas las pequeñas repúblicas bóers con el resto de las colonias británicas, en un proyecto que se llamó la Confederación y que había sido un rotundo éxito en Canadá. Con anterioridad, en el año 1848, los británicos ocuparon los territorios bóers establecidos entre el Vaal y el río Orange, pero la anexión provocó tal malestar en la opinión pública que en 1852 fueron devueltos y se reconoció la independencia de la República Sudafricana del Transvaal. Este hecho supuso para los ingleses que vivían en Ciudad del Cabo la concesión no de la independencia, pero sí de unas leyes y una autonomía de la que carecían hasta el momento, además de derechos representativos parlamentarios.

3. En agosto de 1874 fue exiliado a la Colonia del Cabo, concretamente a la famosa isla de Robben, de donde regresó en 1886 para morir tres años después.

4. No todos los historiadores están de acuerdo con esto y sugieren que hay evidencias de que algunos voluntarios zulúes, con permiso del rey, lucharon junto a los amahlubi y más tarde con los pedi. Sin embargo, no hay hasta la fecha ningún testimonio fidedigno que lo corrobore.

Para los imperialistas británicos, el Transvaal era el objetivo inicial más débil, puesto que estaba arruinado. El 22 de enero de 1877, el secretario de Asuntos Nativos de Natal, al frente de veinticinco hombres de la Policía Montada, entró en Pretoria y, sin oposición alguna, ni armada ni política, proclamó el territorio del Transvaal propiedad de la Corona, para estupor del *Volksraad* (Parlamento) de los bóers, que no supieron cómo reaccionar, y regocijo de la pequeña comunidad de comerciantes británicos. En realidad, el futuro de los bóers y sus problemas con los pedi —y especialmente un conflicto fronterizo abierto con los zulúes desde hacía décadas— importaban muy poco a los funcionarios coloniales; en el fondo, lo que perseguían era el control de los grandes yacimientos diamantíferos recientemente descubiertos. De cara al ciudadano medio británico había que justificar la anexión desde el compromiso moral y Theophilus Shepstone declaró, para el periódico *Mercury of Natal*, que estaba convencido de haber realizado un acto de salvación, como asimismo demuestra parte de la carta escrita a la Oficina Colonial: «Solamente la anexión va a salvar esta situación y sobre todo ahorrar a Sudáfrica las consecuencias más horribles». La historia iba a demostrar justo todo lo contrario.

La situación de anarquía y desmoralización en el Transvaal era tal que muy pocos bóers protestaron por ello, salvo Paul Kruger, quien finalmente pensó que lo mejor era dejar pasar un tiempo hasta que la guerra con los pedi terminara y después reclamar la independencia. En Natal, una vez más, la solitaria voz de Colenso se levantó para criticar la anexión:

El camino astuto y secreto por el cual el Transvaal ha sido anexionado es indigno de un hombre inglés. Solo ha sido posible gracias al engaño y a la intimidación, y, con ello, solamente traeremos dificultades con los zulúes.

Colenso no se equivocaba. Con la anexión oficial del Transvaal, proclamada oficialmente en abril de 1877, y bajo el dominio inglés, el conflicto con los zulúes era ahora también su problema, ya que no podían permitirse que los nuevos súbditos de su majestad la reina fueran supuestamente agredidos por aquellos que el Gobierno colonial, en un cambio brusco de actitud, definió como «Hordas de guerreros zulúes sedientos de sangre». En los zulúes no había inicialmente ningún deseo de entablar un conflicto armado con los bóers, ni menos aún con los británicos, pero sí pretendían que dejaran de instalarse nuevas granjas que cada vez ocupaban más territorio zulú en el oeste de Zululandia.

Cuando Cetshwayo supo que finalmente Shepstone no iba a intervenir a su favor, movilizó a dieciocho mil guerreros en Ulundi con el objetivo de lanzar un *raid* y recuperar toda la zona ocupada que, de manera lenta pero sin pausa, le estaban robando en sus propias narices. El líder los distribuyó después en tres grandes grupos junto a la frontera del Transvaal, donde permanecieron a la espera de nuevas órdenes.

Zulúes y bóers se odiaban mutuamente desde la matanza de uno de sus grandes líderes, Piet Retief, y la posterior batalla de Río Sangre. Sobre el carácter de los bóers, Cetshwayo dijo en una ocasión:

Los bóers son una nación de mentirosos; son gente totalmente mala. No los quiero cerca de mi gente, a los que no dudan en maltratar y, además, reclaman lo que no es suyo. Cuando entran en un sitio, uno ya no puede librarse de ellos.

Apenas dos días antes de la fecha que Cetshwayo se había marcado para que un *impi* (gran concentración de guerreros armados) recibiera la orden de entrar en el Transvaal, el primer ministro de la nación, Mnyamana KaNgqengelele Buthelezi, lo convenció de que, antes de ir a la guerra, se debían agotar todas las posibilidades de ne-

gociación. Ambas partes enviaron así una delegación para estudiar lo que después se llamó la Comisión de los Límites de la Frontera. Al mismo mensajero enviado por el propio Shepstone —que había llegado hasta el poblado real con órdenes de que el rey que no hiciera ninguna locura o diera un paso que impidiera la negociación posterior, y para que quedara constancia de sus buenas intenciones—, se le pidió que dijera lo siguiente al volver al Transvaal: «Agradezco a mi padre Somtseu —nombre dado por los zulúes a Shepstone— su mensaje. Me alegra que lo haya enviado, porque los holandeses me han hartado y tenía la intención de luchar contra ellos una sola vez, y enviarlos hacia el Vaal. Kabana —nombre del mensajero—, puedes ver que mis *impis* están reunidos. Los movilicé para luchar contra los holandeses; ahora los envió de vuelta a sus hogares». No obstante, Ntsngiswayo recomendó al monarca contener la riada humana de los bóers y sus criados nativos mediante la construcción de un *ikhanda* (poblado militar) en la zona, sin atacar de momento. La prudencia de Cetshwayo al no ordenar el ataque de su ejército, como él mismo reconoció años después durante su exilio, fue un gran error, ya que desde ese instante perdió la iniciativa política y militar, que pasó a manos de los ingleses. Simplemente había cometido la misma equivocación que su padre cuando, por miedo a una guerra con el hombre blanco, cedió en 1854 lo que después fue el territorio de Utrecht. Los británicos, en 1880, reconocieron después del desastre de la colina Majuba⁵ que lo mejor habría sido dejar que los zulúes y los bóers solucionaran ellos solos sus problemas. Textualmente dijeron: «Es mejor no meterse en la pelea de dos lobos».

El 18 de octubre de 1877, la reunión tuvo lugar en la orilla nororiental del nacimiento del río Sangre, en la que estaban presentes varios jefes zulúes, incluido el propio Mnyamana Ka-

5. Batalla acontecida entre bóers y británicos el 27 de febrero de 1881, durante la guerra de recuperación del Transvaal por parte de los bóers y donde los británicos tuvieron una contundente derrota militar.

Ngqengelele. Shepstone dijo que los colonos tenían derecho a quedarse en la zona y que, al ser nuevos súbditos de su majestad, estarían bajo el amparo de las tropas británicas. Las palabras de Shepstone encolerizaron a los zulúes, quienes le acusaron de traición, entre ellos el jefe Sigcwelegwele. Shepstone replicó diciendo: «Solo he venido para hablar de los límites de la frontera del país... pero la nación inglesa vendrá y pondrá las cosas claras con vosotros. Decídselo a mi niño y este me entenderá».

Bejana, otro importantísimo oficial zulú que estaba presente, le respondió: «Somtseu, no le entendemos. ¿Está usted con eso diciendo que habrá una guerra contra nosotros?».

Shepstone no respondió de manera directa a la pregunta de Bejana, pero muy enfadado se puso de pie y les preguntó que por qué se dirigían a él llamándole por su nombre, en vez de utilizar *inkhosi* (jefe o rey), a lo que los jefes zulúes le respondieron que ellos solamente tenían un rey, y que incluso a este, en ocasiones, le llamaban por su nombre. Sigcwelegwele intentó rebajar la tensión y le preguntó a Shepstone:

¿Por qué usted no se sienta ahora y escucha como el representante que es de la reina? Desde su llegada, los bóers pertenecen ahora a la reina de Inglaterra, y consideramos a la reina nuestra madre, desde que ella le envió a usted como su representante para que coronara a Cetshwayo. Permítanos discutir esto con los bóers delante de usted y, cuando nos haya oído a ambos, entonces decida.

Shepstone contestó que le parecía bien, pero que lo correcto era escuchar la opinión de otros jefes importantes. Curiosamente, algunos de ellos estaban presentes, como el jefe Utuzwa, junto a nada menos que unos ochocientos zulúes, la mayoría mujeres y niños de los poblados del lugar que, llevados por la curiosidad del encuentro, se habían sentado alrededor, formando un gran círculo a una prudente distancia. Minutos después se escuchó un disparo

y un proyectil pasó por encima de los representantes zulúes, estrellándose contra el suelo, a pocos metros la derecha de Shepstone, que, sobresaltado, se incorporó de golpe al creer que alguien había querido matarle. Mnymana preguntó quién había disparado y un joven zulú de unos dieciocho años se presentó diciendo que su viejo mosquetón se había disparado accidentalmente, pero el británico argumentó que había querido asesinarle a traición.⁶

Durante la reunión volvió a salir nuevamente el siempre problemático asunto de las injerencias de los misioneros dentro de Zululandia, que en realidad en ese momento estaban en un punto crítico. Cansado de la actitud de Shepstone, Mnyamana golpeó fuertemente la parte interior de su escudo con su *iklwa* (azagaya) para mostrar su descontento. Minutos después ambas partes se retiraron recelando una de la otra, pero Shepstone decidió en el último segundo que varios jueces debían decidir sobre el asunto y, por supuesto, tenían que ser blancos, en concreto un grupo de oficiales imperiales y magistrados de la colonia de Natal. Estos eran supuestamente imparciales y debían continuar con la instrucción del caso, escuchando a los representantes bóers y zulúes que cada bando debía designar, estudiar las pruebas presentadas por todos y tomar una decisión definitiva. Los zulúes protestaron por ello, al considerar que claramente el jurado estaría en su contra si estaba formado en su totalidad por blancos; pero no pudieron hacer nada por evitarlo, ya que negarse era con toda probabilidad el primer paso para un conflicto armado.

Shepstone informó a *sir* Henry Ernest Gascoyne Bulwer,⁷ que había sido nombrado gobernador de Natal en 1875 con treinta y

6. La prensa se encargó en su momento de airear el asunto, e incluso se llegó a decir que la bala había atravesado el sombrero de Shepstone.

7. Henry Bulwer era sobrino de *sir* Edward George Bulwer, barón de Lytton, un político y escritor de enorme prestigio en Gran Bretaña y autor, entre otros, de éxitos literarios como la novela *Los últimos días de Pompeya*.

nueve años, del acuerdo al que había llegado para solucionar el problema sobre la pertenencia de la tierra, y añadió que estuviera tranquilo, porque todos los indicios apuntaban a que los bóers eran sus propietarios legales. Pero Bulwer no podía realmente estar sereno ya que sabía que, en realidad, gran parte del problema lo habían generado los británicos con sus continuas fricciones con los bóers, sobre todo después del descubrimiento de diamantes en Kimberly y la llegada de nuevos colonos al Transvaal, a los que se les «sugería» que ocuparan tierras zulúes; precisamente aquellas que estaban en disputa con los bóers. Con el gobernador del Cabo, y máximo responsable político para África del Sur, Shepstone fue mucho más explícito en cuanto a lo que se debía hacer para resolver «el problema zulú»: «Cetshwayo es la esperanza secreta de cada jefe, independientemente de que se encuentre a cientos de millas de él. Hasta que su poder no sea destruido no acontecerá que estos decidan someterse al gobierno de la civilización».

Mientras tanto, al otro lado del río, los zulúes también sacaban sus propias conclusiones. Mnyamana regresó a Ulundi y advirtió a Cetshwayo de que, más pronto que tarde, los británicos se lanzarían sobre el reino, especialmente Shepstone, que se había mostrado muy agresivo con ellos acusándolos incluso de manipular a las tribus vecinas. A Dunn, un blanco que vivía entre los zulúes como un jefe de alto rango zulú y consejero del reino, le preguntaron qué le parecía todo este asunto y qué había hecho el rey para merecer esto. El jefe blanco zulú contestó: «No lo sé; pero el inglés solo está buscando el pretexto más pequeño para atacarle». El primer ministro zulú aconsejó al rey que fueran designados los interlocutores cuanto antes, ya que si no se presentaba a debatir lo que era suyo podría dar a entender a Shepstone que este llevaba razón. El resto de los hermanastros de Cetshwayo estuvieron de acuerdo con ello.